

DOMINGO IV DE CUARESMA (CICLO A)

Es importante no olvidar el carácter bautismal de estos domingos: tercero, cuarto y quinto. El cuarto domingo presenta el aspecto de la luz del bautismo; a este sacramento desde muy antiguo se le denominaba como el sacramento de la iluminación.

Antes de analizar el texto del evangelio, es interesante recordar el carácter litúrgico del mismo.

La escena del ciego de nacimiento aparece siete veces en el primitivo arte de las catacumbas, casi siempre como ilustración del bautismo cristiano.

El capítulo 9 servía de lectura preparatoria para el bautismo de los conversos. Cuando se desarrolló la práctica de los tres escrutinios o exámenes antes del bautismo, Jn 9 se leía el día del gran escrutinio.

El capítulo 9 de Juan es la proclamación del triunfo de la luz sobre las tinieblas. Jesús ya en el capítulo 8, 12 había afirmado: *Yo soy la luz del mundo*". Esto lo repetirá en el v. 5 del capítulo 9: *...Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo*". Para el AT y para el judaísmo, la luz era símbolo de la ley y de la sabiduría, lo mismo que el agua, como veíamos el domingo anterior. Creo que no hace falta insistir demasiado en la importancia de la luz, pues todos la captamos y la intuimos.

Existe una ceguera física y otra espiritual; a veces no resulta fácil saber a cuál de ellas hace referencia el evangelista. Al principio de este capítulo se lee: *"Mientras caminaba, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento"*. Algunos exégetas apuntan al sentido espiritual de la afirmación *"de nacimiento."* No se trata de comunicar desde cuándo era ciego, sino de afirmar que todo hombre es ciego ante la ley; el hombre no puede por sí mismo comprender al Señor, sino que necesita ser iluminado. Todo hombre nace ciego en este sentido.

Se produce el milagro para eliminar la falta de luz. *"... Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: ve a lavarte a la piscina de Siloé [...]. El fue, se lavó, y volvió con vista."* Jesús, no solamente es luz del mundo, sino que la da a esos, que realmente dicen que la necesitan. Solo el ciego, pide ver. Por esto mismo, cuando surja la duda de quién ha sido curado, afirmará valientemente: *Soy yo mismo* (v.9). El modo en que se realizó la curación se repite cuatro veces para darle énfasis, como insistiendo en la importancia del hecho. En los vv. 6.15 se cuenta la manera; en los vv. 11.15 él lo narra: una vez a la gente y otra a los fariseos.

El hombre ciego de nacimiento (incapaz por sí mismo de ver) recupera la vista, ya física, ya espiritual. Los fariseos, (que dicen que ven), están ciegos, no saben ni pueden discernir las cosas como son.

Vamos a ver primeramente cómo reacciona el ciego, que ahora dice que ve. Según su costumbre; Juan describe al hombre avanzando progresivamente en su conocimiento de Jesús.

Cuando la gente le pregunta al ciego, que ya no es ciego, ¿cómo ha conseguido ver?, responderá: *" Ese hombre que se llama Jesús ..."* me ha curado. ¿ Qué significaba para ellos ese hombre conocido como Jesús?; nos alargaríamos demasiado al pretender explicarlo todo; lo cierto es que aquí podemos ver como la primera manifestación-confesión del ciego acerca de Jesús.

¿ *Qué opinas tú sobre el que te dio la vista?* Le interrogarán los fariseos al ciego: “ *Que es un profeta* ” les responderá sin titubear. Para el ciego uno es *profeta*, cuando posee poderes divinos. No solamente dice que ese hombre Jesús le curó, sino que ese hombre es un profeta, un hacedor del bien en la línea de Elías y Eliseo. El conocimiento acerca de Jesús es más hondo, más profundo, más vital.

Parece que hay un retroceso en la comprensión de quién es Jesucristo por parte del ciego. Cuando los fariseos le dicen de Jesús: “ *Sabemos que este hombre es un pecador.* ” Era de esperar otra respuesta, quizá nos sorprende un poco; pero en el fondo es una respuesta oportuna y valiente: “ *Yo no sé si es un pecador o no. Lo único que sé es que yo antes estaba ciego y ahora veo* ”.

Al final del diálogo o disputa entre los fariseos y el ciego, éste hará una confesión de quién es Jesús: “ *Si este hombre no viniese de Dios, no habría podido hacer nada* ”. No habla de que es superior al sábado y por lo tanto puede hacer cosas buenas en sábado, sino que viene de Dios, que tiene poderes especiales.

Al decir semejante cosa, al vencer claramente y echar por tierra las objeciones de los fariseos; éstos usaron la razón de la fuerza y no la fuerza de la razón: “ *Y lo echaron fuera* ”

Continuando con la actitud creyente del Ciego, y ahora no ante los judíos, sino ante el mismo Jesús, responderá a la pregunta de éste ¿ *Crees en el Hijo del hombre?*. Algunas biblias ponen: *Hijo de Dios*. Creo que no estamos en el error, si decimos que *Hijo del hombre* es una afirmación más bíblica; *Hijo de Dios* es más litúrgica, más en consonancia con la fe proclamada en las celebraciones litúrgicas.

“ ¿ *Quién es, Señor, para que pueda creer en él?* Preguntará el ciego. Jesús le contestó: “ *Ya lo has visto. El que está hablando contigo* ”. Entonces aquel hombre dijo: *Creo, Señor. Y se postró ante él*. Esta confesión, además de su carga teológica, es indicadora de cómo este evangelio era muy usado en la liturgia bautismal. Este ciego de nacimiento; resulta que ve en todos los sentidos: espiritual y físico.

Veamos la reacción de esos, que ven físicamente y que también creen ver espiritualmente; pero resulta que están ciegos.

“ *El día en que Jesús había hecho lodo con su saliva y había dado la vista al ciego, era sábado* ”. De aquí va a surgir una gran dificultad: “ *Este no puede ser un hombre de Dios, porque no respeta el sábado* ”. Dificultad poco seria, muy legalista, tanto es así, que no todos están de acuerdo y se preguntan: ¿ *Cómo puede un hombre pecador hacer signos?*. Pregunta que podemos calificar de sensata, razonable. El cumplimiento del sábado es importante; pero aquí hay alguien superior al sábado.

Solución: Los judíos no querían creer que aquel hombre había estado ciego y que había comenzado a ver.

Hasta cierto punto esta resolución no es ofensiva contra Jesús, aunque es la negación de la realidad, de la evidencia. Hay que romper la cuerda por la parte más floja, más débil: reconocer la limitación del precepto sabático y confesar que a ese Jesús le ha concedido Dios grandes poderes. Ninguna de las dos cosas están dispuestos a hacer, sino vencer, atropellando la verdad.

Ellos no quieren admitir a Jesús: “ *Discípulo de ese hombre lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés* ”. Discípulos de Moisés: no era éste un título normal entre los estudiosos rabínicos. No se admite que pueda descender del cielo un nuevo Moisés para revelar una ley distinta. Siguen haciendo una apología de Moisés: “ *Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios* ”; están en la verdad al afirmar esto, pues leemos en libro del Exodo 33, 11: “ *El Señor solía hablar cara a cara* ”.

Ignoran, porque están ciegos, a la hora de averiguar el origen de Jesús: “...pero éste no sabemos de dónde viene.” El pueblo de Jerusalén creía erróneamente saber de dónde procedía Jesús, concretamente de Galilea. Jesús ha respondido constantemente que él procede de arriba, del Padre. Es este origen celeste el que ignoran los judíos. El ciego lo sabe, pues ahora ve: “Si este hombre no viniese de Dios, no habría podido hacer nada”. No quedan convencidos, no admiten la derrota, no piensan que pueden estar en la oscuridad, que pueden estar ciegos y por esto no ven. Ante la verdad no admitida, se usa un lenguaje ciego; el lenguaje de la fuerza: lo echaron fuera.

Jesús examina ambos comportamientos: la confesión del ciego de nacimiento y la obstinación de los judíos; una vez visto todo, declara: “Yo he venido a este mundo para un juicio: para dar la vista a los ciegos y para privar de ella a los que creen ver.” Curó al ciego de nacimiento; confundió a los judíos, que pensaban que todo lo veían.

Ahora vemos que es un evangelio muy importante para una catequesis bautismal, para un examen sobre cómo es nuestra fe, para saber si vemos o no vemos.

El salmo responsorial de este domingo es el salmo 22: *Dios el Buen Pastor*. Algunos, estudiosos de la Liturgia, han averiguado la importancia de este salmo en la catequesis bautismal. El que tenía que ser bautizado, debía saberlo de memoria, como expresión de un estudio y de una asimilación. Ponemos en busca del ciego de nacimiento, que recobró la vista física y también la espiritual: “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan”

Sería muy interesante analizar minuciosamente el texto de la segunda lectura, tomada de la carta de San Pablo a los Efesios. La contraposición alegórica *luz-tinieblas* es frecuente en las cartas de Pablo. También en el Antiguo Testamento se habla frecuentemente de luz y tinieblas para evocar respectivamente, proximidad y lejanía de Dios, bendición y maldición, santidad y pecado.

“*Hermanos: En otro tiempo erais tinieblas (estabais ciegos), ahora sois luz en el Señor (habéis recuperado la vista). Caminad como hijos de la luz.*” Eráis ciegos, ahora veis. Antes vuestro comportamiento, vuestro caminar era de hombres ciegos, que tropezabais fácilmente; ahora debéis comportaros de un modo distinto.

San Pablo nos dice cómo es el caminar de los hijos de la luz: *practicando la bondad, la justicia y la verdad, buscando lo que agrada al Señor.*

Ser cristiano indica una realidad nueva, se ha producido en él un milagro. Realidad nueva que se debe expresar en un comportamiento nuevo, esencial y no solo superficial.

El hijo de la luz debe despertarse del sueño para caminar a pleno día. “*despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo*”. Se trata quizá de un fragmento de algún himno cristiano usado en una liturgia bautismal.

Antes de terminar quiero indicar que este domingo cuarto de Cuaresma reviste una modalidad de alegría y gozo, que no se debe olvidar.

El domingo III de Adviento es designado como el domingo “Gaudete”; del mismo modo el domingo IV de Cuaresma es conocido como el domingo “Laetare”: Alegrarse. En la Liturgia este aspecto no está muy desarrollado. En la Antífona de entrada proclamamos: “*Festead a Jerusalén, gozad con ella todos los que la amáis, alegraos de su alegría ...*” (Isaías 66,11.). En la oración de ofrendas: “*En la celebración gozosa de este domingo*”. El cristiano debe estar siempre contento, alegre, aunque camine hacia la cruz.

